

Desde Salamanca. El Cristo de S. Juan de Barbalos. *Bellas artes*

"Heraldo de Cuba", La Habana, 6 julio 1914



**H**ABÍA en la iglesia de San Juan de Barbalos de la ciudad de Salamanca, en que escribo, un viejo crucifijo románico, de casi tamaño natural, largo tiempo hace retirado del culto. Hoy está en el Museo Provincial, pero yo lo conocí en un desván o trasero del claustro de dicho antiguo templo. Hallábase desclavado y con los piés rotos. Su expresión hierática. Es de madera recubierta de tela y pintada. La barba y la cabellera en ondas regulares.

(Recogido en "de esto y de aquello" tomo IV)

Cuando lo descubrí, hace ya años, tramé conversación con el sacristán de cómo se encontraba el Cristo en tal sitio y tal estado. Y hubo de decirme que resuelto el párroco a retirarlo del culto porque ya lejos de excitar devoción y reverencia provocaba, por su fealdad, a risa y menosprecio, le mandó a él, al sacristán, que lo enterrara en el patio del claustro, a lo que el piadoso guardián no pudo decidirse. Y menos a quemarlo. Y allí estaba aguardando la suerte, que le esperaba, del Museo, cementerio de piadosas imágenes retiradas del culto y de toda mena de dioses muertos.

1e

Y entonces, mirando al venerable Cristo románico, dí en pensar que hoy llenan nuestros altares, encendiendo el fervor de los devotos, muchas imágenes del Crucificado tan feas o más feas que aquella de San Juan de Barbalos, pero de un feo más moderno, de una fealdad que no ha pasado aún de moda. Porque lo sujeto a moda es lo feo, no lo bello. La fealdad de moda en el siglo VIII no la re-



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

sistían en el X, ni la del X en el XII, ni ésta en el XVI, ni la del XVI en el XVIII o ésta última hoy. Y no es la fealdad moderna, o sea en moda hoy, menos fea que la de hace doce siglos. Hasta que vuelva a ponerse de moda una antigua fealdad, en su tiempo moderna. En cambio, la belleza es de siempre y está sobre la moda. "Una cosa bella es un goce para siempre," dijo Keats.

Y como con lo feo pasa con lo vulgar. Por muy bien que un artista reproduzca y represente la vulgaridad de hoy, si no sabe hallarle lo que tiene de eterno, esto es de bello, esa representación pasará pronto de moda. No le salva la naturalidad ni la exactitud del parecido. El tipo vulgar de hoy sólo hoy nos interesa.

Me invitan a ir al teatro a ver la representación de tipos vulgares y cotidianos, de aquellos con quienes rozamos a diario, y para persuadirme me dicen que están fielmente tomados del natural y muy bien observados. Y contesto: Yo no voy al teatro a ver y oír lo que a diario puedo oír y ver en la calle, en la plaza o en el café, y los que en la vida no me interesan menos me interesan en el tablado. Si me dijeran que habían resucitado y andaban por el mundo Hamlet o el Rey Lear o lady Macbeth o Segismundo o Sancho o Don Lucas del Cigarral o siquiera Don Juan Tenorio, iría a verlos y conocerlos, pero Perico el de los Palotes o Ambrosio el de la carabina? De ninguna manera.



El bueno de Antón el de los Cantares, Antonio de Trueba, el centenario de cuyo nacimiento acaba de celebrarse en su tierra y la mía, estaba ingenua y sinceramente persuadido de que el más grande autor dramático español de todos los tiempos había sido su fraternal amigo y compañero don Luis de Eguilaz, el autor de LA CRUZ DEL MATRIMONIO y de LOS SOLDADOS DE PLOMO. Este juicio se lo oí más de una vez al mismo Trueba, que no se daba cuenta del por qué de la fama de Calderón y de Cervantes. Los dramas calderonianos le producían jaqueca y le mareaban al buen Antón el de los Cantares, y en cambio, qué naturalidad, qué verdad de todos los días, qué sentimentalidad las de los tipos de don Luis de Eguilaz. Eran los hombres y mujeres cotidianos, aquellos con que se ozaban Trueba y Eguilaz. Lo malo es que lo cotidiano es de cada día, pero no pasa del día. Es como el pan nuestro de cada día, al que preferimos una golosina. Y malo es que se diga de uno que es bueno como el pan. Bueno como él y como él cotidiano.

Sí, sí, muy buena para cada día y para andar por casa la COTIDIANIDAD o sea la vulgaridad, pero... Pero, en el arte, como en la ciencia, el sentido común, base de la vulgaridad y de lo cotidiano, tienen muy poca duración. Ya lo vulgar del siglo VIII no nos divierte porque no podemos juzgar de su parecido.

Y hay que verlo claro; hay una cierta alegría, un cierto optimismo, en el fondo falso, que no es sino vulgaridad y corteidad de vista cotidiana. En al-



go consistirá, pero eso que llaman, no sé por qué, optimismo ha sido siempre en arte mucho menos fecundo que el llamado pesimismo. No ya la tragedia sino la comedia, la verdadera comedia, la comedia duradera, es de inspiración pesimista. Hay genio más triste y melancólico que el de Molière? Los que más han hecho reír a los hombres han sido, por lo común, espíritus nada alegres.

Y luego, qué es alegría? La alegría no consiste en decir uno que lo está y andar riendo a ton-tas y a locas y haciendo piruetas. No es cosa de parecerse a aquellas monjas bobas que por haber leído en Santa Teresa y en otros maestros del espíritu ascético que la verdadera santidad es alegre se pasan el día riendo y saltando y palmoteando y haciendo carantofías, y si a mano viene, tocando las castañuelas y repitiendo: "qué alegres estamos, ja, ja, ja, ji, ji, ji, ju, u, ju!" Esto no es más que tontería. Y lo tonto no es alegre.

Ponderáronme una cierta ciudad por la alegría de su suelo, de su cielo y sobre todo de sus gentes. Tuve que salir de ella scapado. Y es que la alegría profesional, querida y buscada, es tan insoportable como la tristeza o gravedad también profesional o buscada. En aquella ciudad, al parecer y al decir de muchos, alegre, se mascaba la memez por las calles, porque chorreaba del ambiente. Y era una alegría macabra, que se revestía a las veces de acentos fúnebres.

Uno de los fines del arte, acaso el principal, es levantar-nos sobre la vulgaridad y libertarnos de ella. Y para conseguirlo no basta ciertamente representarnos al vivo y natural,



muy propiamente, lo vulgar mismo, sino sacarle lo que de eterno y universal, lo que de no vulgar tiene. Porque una cosa o un hombre que fueran pura y exclusivamente vulgares, sin nada que no lo fuera, no podrían subsistir porque no serían nada. Se ha dicho que no hay error que no contenga un alma de verdad, porque el error puro sería el contrasentido y más bien lo sin sentido. Y cabe decir que no hay cosa ni hombre vulgares que no contengan un alma de excelencia y de distinción, alguna expresividad eterna. Lo que hay que hacer es sacar del tipo vulgar—pues lo vulgar no es más que típico—el carácter distintivo—ya que la distinción es característica.

El pobre Cristo de San Juan de Barbalos, desterrado de su templo a un museo, rechazado por los devotos a que sea pasto de la curiosidad de los eruditos de arte, es un cristo típico, pero no es característico. Y no se ha salvado como otros antiguos y formidables cristos nuestros, de cabellera de verdad, sanguinolentos y desangrados, con rostro de tragedia. Su fealdad pasó de moda. Y de la misma manera pasó de moda la vulgaridad de los tipos que sacaba a escena don Luis de Eguilaz y aun la de aquellos, muchos más fogosos y vivos, de don Manuel Bretón de los Herreros.



Este Bretón de los Herreros le ha servido a un doctísimo hispanista francés, M<sup>r</sup>. Georges Le Gentil, para escribir una obra llena de interés y de enseñanza sobre la España de mediados del pasado siglo XIX: pero podemos hoy resistir aquella España? No, porque era una España que reventaba vulgaridad. Y queremos olvidarnos de ella como de una pesadilla. Y Bretón de los Herreros no supo hallar toda la trágica comicidad de aquella triste, tristísima ramplonería.

Miguel de UNAMUNO.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES